



Aquel hijo MARBELLÍ

—Hace 70 años, la costa malagueña se erigió en un bastión de la 'jet set' internacional—

Texto
EVA MILLET



Llegar al Marbella Club Hotel es como entrar en las páginas satinadas de *'Hola!'*. La sensación aumenta cuando una famosa, habitual en la revista, hace el *check-in* junto a la cronista y se alianza al entrar en un salón presidido por un retrato de Alfonso de Hohenlohe. El príncipe germano-español es el artífice de este célebre resort de la costa malagueña, que celebra su 70º aniversario. El lugar, ensalzado por su microclima, lo descubrió su padre, el príncipe Max, en 1946, cuando aparcó su Rolls-Royce cerca de un pinar de una finca llamada Santa Margarita. Le gustó tanto, que la compró. Los Hohenlohe pasaron allí algunos veranos hasta que, en 1954, Alfonso empezó a transformarla

en el Marbella Club, hoy un destino imprescindible del circuito global del lujo.

La mirada del príncipe Alfonso, ya fallecido, domina la estancia, decorada como si fuera un salón privado, con chimenea encendida, libros, piezas de alfarería andaluza y fotografías enmarcadas en plata. En ellas están los habituales del club: una sonriente Gunilla von Bismarck y su esposo, Luis Ortiz. Un Jaime de Mora y Aragón de fiesta. Un joven Julio Iglesias. La bellísima Brigitte Bardot, el millonario Gunter Sachs y otros famosos pasándose, como transmiten las imágenes, bomba.

Y es que el Marbella Club, además de

El malecón
Junto a la playa, el malecón es hoy un símbolo del Marbella Club. Abajo, la Finca Ana María, que fue la casa de verano de la

familia Von Bismarck. Con el tiempo se convertirá en una extensión del hotel, con un espacio para el yoga, actividad muy solicitada entre los clientes





© SLIM AARONS/GETTY

Años setenta
Slim Aarons, fotógrafo de la alta sociedad, retrató el ambiente del Marbella Club



La montaña de la Concha es parte de una 'joie de vivre' que sedujo a príncipes y condesas, como a una jovencísima Gunilla von Bismarck, aquí montada en una mula

ser un establecimiento de máximo lujo — donde un equipo de 600 personas atiende a los huéspedes alojados en sus 134 habitaciones —, es un lugar pensado para divertirse. Para comer bien y abundantemente. Para beber y bailar, tomar el sol, pasear por los frondosos jardines, comprar en sus boutiques o darse un baño en las piscinas azules que retrató Slim Aarons, el fotógrafo de las élites.

Los actuales clientes quizás desconocen los orígenes del club — que ya no regenta la familia Hohenlohe —, pero no sus códigos sociales, que implican varios cambios de vestuario al día y estar lo más guapo posible. Los huéspedes, de una amalgama de nacionalidades, incluyen mujeres de cutis impecables, ataviadas con caftanes que rondan los mil euros, y hombres bronceados, con americanas muy ajustadas. Ya sea en el acto de presentación del libro *Marbella Sol*, de la editorial Assouline, o en los ágapes en uno de los múltiples restaurantes, todos parecen disfrutar enormemente. se

saludan, lanzándose efusivos besos al aire. Ríen, conversan, comen y, por la noche, bailan, amenizados por ritmos flamencos en directo. Y si alguien se cansa, ahí están, esperando, las habitaciones, siempre perfectas. Ya habrá pasado la camarera, que ha descubierto la cama, les ha dejado un detalle de buenas noches y ha corrido las cortinas.

El Marbella Club no es un hotel al uso, sino una sucesión de pequeñas edificaciones con *suites* o villas con nombres propios, todas elegantes, impolutas y con una profusión de *amenities* y ramos de flores frescas. Ha ido creciendo en

EL CLUB PREVEÉ EXPANDIRSE EN UNA FINCA QUE PERTENECIÓ A LOS BISMARCK

paralelo a su éxito: hoy las habitaciones se complementan con las dos piscinas, el malecón, un *Kids club* — donde los niños juegan a hacer cócteles —, y siete restaurantes. Por supuesto, hay un spa y un *wellness-desk*: el bienestar es una actividad fundamental entre los más ricos.

Este 70.º aniversario está cargado de eventos, pero la novedad es la expansión del club en la Finca Ana María: propiedad colindante, de cinco hectáreas, que perteneció a los Von Bismarck. A la espera de los planes definitivos, el espacio "servirá como un lugar para disfrutar del bienestar en variedad de formatos", reza la nota de prensa. Entretanto, permanece tranquilo, acariciado por el sol marbellí y la silueta de la montaña de la Concha como telón de fondo. Por el terreno campan unos conejos lustrosos. Durante la visita de prensa aparece una pareja, impecablemente vestida, cargando varias bolsas, de las que sacan manojos de cogollos, tiernísimos, para alimentarlos. Puro Marbella —

